



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9608

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

VIERNES 10 DE NOVIEMBRE DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

Para los agricultores.

Prensas de palancas múltiples para vino.—Tijeras para vendimiar.—Id. para podar.—Máquinas para desgranar panizo.—Id. para taponar botellas.—Id. para limpiar id.—Id. para picar y embutir carnes.—Horcas de acero.—Azidas, legones y rastros de id.—Ingratadores.—Filtros para vinos y licores.—Agotadores para botellas.—Cepillos, cadenas, les-piches, etc. para bocoyes.—Bombas de trasiego y otras.—Armarios especiales para botellas.—Cestas idem para idem.—Arados de vertedera fija y movable.—Embudos automáticos.—Mobiliario para jardines.—Caretillas para sacos.—Espino artificial para cercas.—Jarrones, macetas, balaustres etc.—Básculas sin numeración.—Via estrecha para trasportar frutas.—Wagoncitos, plataformas, etc.

De venta en el MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

PIDANSE CATÁLOGOS Y DIBUJOS.

LA MEJOR OFRENDA.

(Colaboración inédita)

Sola y triste la pobre huérfana que desamparada y en lucha abierta con la miseria, pasa los días y los días, con lento paso se dirige al cementerio.

La acompañan su desventura y su duelo; lleva impresa en el rostro la huella de su tormento y de la negrura de su ropaje, de entre el pañolillo de seda de los más humildes se destaca su rostro blanco como el mármol y al que adornan dos ojazos negros y grandes como las propias penas de la infeliz.

¡Pobre Mariquilla! Ella también forma parte de aquella agitada muchedumbre que alegre y bulliciosa acude al campo santo á llevar ofrendas á sus muertos; gentes felices que ignoran lo que son penas y acuden al recinto sagrado porque es

costumbre ¡que dirán si no las gentes!

Mariquilla agena á cuanto á su lado pasa, llega entre la multitud á las puertas del cementerio; debajo del mantón oculta sus manos y entre ellas un manojito de flores muy pobre, muy pobre y que á pesar de su pobreza es la ofrenda más rica que puede ofrecer la infeliz huérfana.

Ni los suntuosos mausoleos á cuyas puertas los lacayos y palafrancos engalanados hacen custodia, ni las riquezas con que se adornan nichos y sepulturas, ni la abundancia de luces, ni la profusión de flores, inspiran la menor atracción á la niña; ella marcha sola á través de todos, cruza, vuelve y revuelve de un patio á otro hasta llegar á uno en cuyo suelo busca y entre dos mausoleos ricos, magestuosos, encuentra al fin su objeto.

Un montoncillo de tierra que apenas si levanta del suelo y una cruz de madera pintada de negro, conjunto que nadie aperece, nadie, más que Mariquilla que en tierra se postra de hinojos y vertiendo lágrimas reza en voz baja sus oraciones agena á todo, sumida en el éxtasis de su dolor.

Llora y á veces besa las flores hasta los labios, las besa y las riega con su llanto copioso y triste, que son sus lágrimas como oleadas de amargura encerradas en su dolorido corazón.

El tiempo pasa y el cementerio al trocar su silencio habitual por la reverberación de costumbre que interrumpen luces y adornos emblemáticos de la vanidad mundana, toma en su aspecto algo de la alegría extraña á su recinto, conservando el carácter funerario no más que para los humildes montoncillos de tierra que no tienen quien los adorne aunque guarden restos de humanos seres; también en el cementerio existen las distancias.

Cuando Mariquilla se alza del suelo en que se postró, los ojos besó la tierra, deposita el manojillo

de flores junto á la cruz y secando sus lágrimas abandona aquel lugar.

Entonces fija su atención en adornos y ofrendas llenas de suntuosidad y elegancia, y que colocando criados y mandaderos mientras deudos y parientes presencian la operación.

Mira por todas partes y al llegar á las puertas del cementerio mira con gozo entusiasmado el manojillo.

Si la ofrenda que ella guarda en su manojito de tierra que nadie aperece.

Ella ha ofrecido á su madre que duerme en el sueño eterno, un manojito de flores muy pobre, muy pobre, rico presente, el más rico de todos, porque guarda sus besos y está regado con sus lágrimas.

DIONISIO MORQUECHO.

TIJERETAJOS

Extraña un periódico de que en estas circunstancias se trate de desarmar el Destructor.

Y se extraña además de que se desarme por que siendo una máquina tan complicada al volverla á armar puede quedar imperfecta.

¡Pero señor! ¿qué crearán esos periódicos que se desarmar un buque?

¿Acaso piensan que eso es algo así como desmontar las piezas del barco y meterlos en estuche para conservarlos?

Vamos, da gusto oír hablar de cosas de marina á quien no entiende jota de ellas.

El Liberal publica una carta que empieza así:

•Mi querido amigo: Ante la esperanza de que muy pronto han de comenzar las operaciones definitivas contra los moros.

•Plegue usted la esperanza, amigo, y guárdela para otra ocasión.

Por ahora no hay operaciones y ha terminado la campaña periodística en Melilla.

Lo que es menester es que termine bien la otra.

**

En la catástrofe del Liceo de Barcelona han perecido cinco individuos de una misma familia.

Bañense los anarquistas en agua de rosas.

Ya han salvado á esa familia de las penas terrenales.

¡Qué agradecidos le estarán los que de la misma sobreviven.

Los periódicos de Madrid correspondientes al día 29 se han recibido en Melilla el día 4.

Alguien creerá que los llevan en carreta.

Pero no hay tal por que tienen que ir embarcados.

No tardarían más si los llevara la Gerona.

Dice el corresponsal de un periódico que los moros hacen fuego al bombardear militar que hay en Melilla.

Y que á un militar que la otra noche se estaba acostando sin haber cerrado la ventana de su habitación le fusilaron el capote.

Eso prueba que los moros no andan muy lejos de la plaza por la noche.

Y prueba más aun.

Que la actitud pacífica de los moros ha sido una orden general obedecida por todo el mundo.

Y dada por quien podía.

Por que no se comprende tal variación en veinticuatro horas.

Dice un periódico:

•El comandante de la guardia civil Sr. Ibáñez para que ejerza una exquisita vigilancia sobre los géneros alimenticios que se expenden en Melilla para evitar adulteraciones perjudiciales á la salud.

•Conque la guardia civil sirve para eso!

¡Recórcholis!

Nosotros creíamos que eran más propósito los médicos y aun los veterinarios.

¡Lo que es la ignorancia!

NOTAS

Caminamos de sorpresa en sorpresa.

Y tan acostumbrados estamos ya á ellas que todos los días al abrir los ojos

á la luz de la mañana nos hacemos la siguiente pregunta:

¿Que ocurrirá hoy? Casi seguidos, sin interrupción, sin que nos dé la una tiempo bastante para que nos sorprendamos por la anterior, hemos sufrido la de Santander y la de Barcelona.

Después ha llegado la sorpresa de la paz con los moros.

Estábamos tan acostumbrados á que nuestro ejército no pudiera llevar agua á Cabrerizas sino á costa de sangre, que el hecho de haber llevado un convoy entero sin disparar un tiro nos ha llenado de profundo asombro.

No es extraño.

Como tampoco lo es que los moros se hayan cansado de la guerra.

Se han entretenido con nosotros; han refinado su puntería matando españoles y ahora no quieren jugar más porque van á dedicarse á la caza del león.

Además, se han dado cuenta de que se les ha entrado la miseria por las puertas de sus casas y se han asombrado del suceso.

Y pensándolo más despacio se han convencido de que vale más cultivar patatas que matar españoles.

Ló raro aquí es que veinticuatro horas antes no se habían enterado los moros de la miseria que tenían encima ni de que les hubieran faltado algunas kabilas del interior.

Si llegan á enterarse antes de eso estarían nuestros ingenieros construyendo tranquilamente el fuerte de Sidi Agriach y estarían los moros vendiendo gallinas en la plaza de Melilla.

Algunas personas creen que los del Riff han estado en connivencia con alguien; que no han obrado por cuenta propia, solamente, sino instigados por alguien á quien convenia que el río se pusiera revuelto; pero que ese alguien al llegar el momento de meter en el horno el pan ha visto que tenía mucha calda y ha temido que se le quemara.

Vayan ustedes á hacer caso de lo que la gente dice por ahí y se vuelven locos.

Es posible que las gentes tengan razón y es posible también que no la tengan.

Porque eso de que hayan venido á coincidir la respuesta pacífica del Sultán y la actitud pacífica de sus súbditos puede ser pura casualidad.

Es verdad que se dijo hace días que